

Jorge Dezcallar de Mazarredo

Espía accidental

la esfera  de los libros

Palabras preliminares

Todos nosotros somos el resultado de muchas influencias entre las que destacan la química que nos transmiten los genes, la cultura mamada con la educación recibida en casa y en la escuela, y las experiencias acumuladas a lo largo de los años, que en mi caso han estado dedicados mayormente a la diplomacia en países muy diversos donde he sido invitado a palacios tan lujosos como horteras por sultanes que creen tenerlo todo, y he visitado chozas miserables de refugiados de guerras que todo lo habían perdido. También he tenido el privilegio durante algunos años de conocer por dentro el fascinante mundo de los servicios de Inteligencia, lo que me ha dado la oportunidad de ver el Estado desde una perspectiva que a muy pocos les es dada.

Es inevitable que todo ello confluya de una u otra manera en mi manera de ver la vida y también en la forma en que escribo, y en ese sentido este libro no es una excepción. Pero quiero dejar claro que nada de lo que aquí se cuenta es cierto aunque esté situado en un trasfondo que es muy real y sobre el que inevitablemente proyecto también viajes y paisajes, músicas y olores, personajes y conversaciones, vivencias y momentos que he ido acumulando a lo largo de la vida y que han quedado almacenados un tanto desordenadamente en una memoria que, como

dice John Le Carré, es tan resbaladiza como una pastilla de jabón en la ducha. Al menos en esto nos parecemos.

Pero no importa que la memoria sea frágil e incluso es bueno que así sea porque aquí no se trata de recordar nada sino de utilizar las vivencias de toda una vida para crear una obra de ficción en la línea que inteligentemente señalaba Picasso cuando afirmaba que no pintaba las cosas como las veía sino como las imaginaba o las sentía. Este es un relato ficticio a partir de los hechos verdaderos que narro en el prólogo. El resto es inventado y no tiene relación alguna con la realidad, aunque aprovecho como telón de fondo el drama, muy real, de la guerra en Siria y también a algunos de sus protagonistas. Siendo ellos auténticos, nada de lo que les hago hacer o decir lo es, como tampoco lo son los escenarios que les hago vivir. Les pido disculpas por ponerles en situaciones en las que nunca han estado.

Y trato de hacerlo con cierto sentido del humor que es como también me gustaría que se juzgara este libro, consciente como soy de que el humor no es tan abundante en ciertos medios como yo desearía. De igual manera he procurado evitar enredar al lector en excesivos detalles sobre el trasfondo político en el que transcurre la acción, que es un riesgo que acecha a todo diplomático que escribe pues no olvido nunca que, como decía Voltaire, hay que «esforzarse más en ser interesante que exacto, porque el espectador lo perdona todo menos el sopor» y yo no puedo estar más de acuerdo. Espero haberlo conseguido en las páginas que siguen porque el tiempo que nos es dado es corto y estoy firmemente convencido de que aburrir al prójimo debería ser un delito perseguirle de oficio.

Por lo demás, y como también creo que el espíritu envejece más despacio que el cuerpo, hago míos los versos de Lope de Vega cuando decía:

*Soy rey de mi voluntad
No me la ocupan negocios*

*Y ser muy rico de ocios
Es suma felicidad.*

Deseo que mis lectores disfruten con este libro tanto como yo me he divertido escribiéndolo.

Valldemossa, 2021

Prólogo

En abril de 2018 publiqué mi libro *El anticuario de Teherán. Historias de una vida diplomática* (Editorial Península), cuyo primer relato daba título al libro. Es corto y lo reproduzco a continuación porque está en el origen de las páginas que siguen:

«La calle Manucheri de Teherán reúne a los anticuarios de la ciudad, igual que sucede con la rúa de São Bento en Lisboa o la vía dei Coronari en Roma. Durante una época de mi vida tuve que viajar mucho a la República Islámica de Irán por motivos de trabajo y aprovechaba ratos libres para pasar por Manucheri y visitar sus tiendas, que, por lo general, estaban vacías, pues en aquella época posterior a la revolución de Jomeini los extranjeros eran muy pocos y los turistas no existían. No lograba explicarme cómo aquellos anticuarios podían sobrevivir. No oculto que la situación favorecía el regateo, aunque no fuera esa una técnica que entonces dominara, como hago (o creo hacer) después de haber pasado cuatro años en Marruecos. A todo se aprende. En una de esas tiendas compré un día una maravillosa puerta persa de dos hojas pintadas con figuras humanas vestidas con lujosos ropajes y con escenas de cazadores a caballo que procedían de un palacio de Isfahan, según me explicó el vende-

dor. ¡Vaya usted a saber! También me dijo que eran de finales del siglo XVIII o principios del XIX y lo creí porque, además, en aquellos años no se hacían falsificaciones en Irán, aunque solo fuera porque no había compradores a los que engañar. Sea como fuere, lo cierto es que eran preciosas y que se encontraban en muy buen estado de conservación. No eran unas puertas baratas y tuve que hacer tres visitas a la tienda, en viajes sucesivos, para regatear y obtener un precio aceptable. Durante esa larga negociación, regada con abundantes tazas de té, trabé cierta amistad con el anticuario, un viejo judío llamado Raphaël, al que seguí viendo en viajes posteriores.

»Debo de tener cara de bueno, y espero serlo, aunque a veces me gustaría que se me notara menos (como cuando juego al mus), porque, en uno de esos viajes, y sabedor de que regresaba a España al día siguiente por algún comentario mío, el anciano Raphaël me pidió que le acompañara al fondo de la tienda donde levantó una cortina hecha con una alfombra vieja y polvorienta y me hizo pasar a la trastienda de su establecimiento, un lugar que hasta entonces nunca había visitado, apenas iluminado y repleto de objetos antiguos recubiertos de polvo y, solos allí los dos, me preguntó en voz muy baja si le podría hacer un favor muy personal. Hablábamos en francés. Asentí con cautela y sin comprometerme, pues la República Islámica de Irán no es un lugar donde uno pueda fiarse de nadie, y esperé a ver qué me pedía. Entonces sacó del fondo de un cajón un pequeño paquete envuelto en papel de periódico, que desdobló con mucho cuidado y con una cierta reverencia, descubriendo ante mis ojos un collar que me pareció antiguo y que era de oro, coral y aguamarinas. Según me dijo mientras me miraba con ojos acuosos, era una joya que había pertenecido a su esposa, fallecida algunos años antes. Raphaël quería que me la llevara y que desde España se lo hiciera llegar a su hija, que se iba a casar en California un par de meses más tarde. Dadas las pésimas relaciones entre el régimen del ayatolá Jomeini y los

norteamericanos, humillados y sin relaciones diplomáticas desde el asalto de la embajada en Teherán y la toma de rehenes, ni unos ni otros le dejaban viajar a los Estados Unidos para asistir a la boda de su hija y tampoco podía hacer el envío por correo desde Teherán.

»Me miraba con ojos muy tristes y suplicantes, pero con una lucecilla de esperanza bajo el temblor mortecino de una vieja lámpara de mesa que apenas alumbraba la escena. Yo dudaba pues temía una trampa, pero cedí cuando su mano huesuda y gastada por los años apretó mi brazo y me suplicó con los ojos húmedos: “Llévaselo, señor, así su madre y yo estaremos de alguna forma con ella en ese día tan importante de su vida. Te lo pido desde el fondo de mi corazón”.

»De forma que ni supe, ni pude, ni quise negarme, y le dije que sí, que lo haría con la condición de que hiciera delante de mí el paquete que quería que yo llevara y en el que, junto al collar, introdujo una nota apresuradamente garrapateada en farsí. Luego, en otro papel que yo guardé en mi billetera, escribió con caracteres latinos el nombre de su hija y sus señas en Los Ángeles.

»Me despidió con muchos agradecimientos en la puerta de su tienda. Al llegar a Madrid, envié el paquete por correo certificado a Los Ángeles y algún tiempo más tarde recibí una carta de agradecimiento con una foto de una joven atractiva, morena y menuda, vestida con un traje largo y brillante, de seda, satín o algo parecido, y una bonita sonrisa sobre un cuello adornado por el collar que yo le había hecho llegar. Me emocionó pensar lo que había detrás de esa foto y la felicidad de aquella novia que llevaba sobre su corazón el calor de la madre muerta y el abrazo del padre lejano pero feliz al saber que ella lo era. Y que, de alguna forma, le acompañaba en Los Ángeles el día de su boda.

»Nunca más volví a ver a mi amigo Raphaël. Su tienda de antigüedades había cerrado en un posterior viaje mío a Teherán

y solo encontré respuestas vagas en los comerciantes vecinos. Las puertas persas que le había comprado me las trajo a España años más tarde el embajador José María Sierra y hoy me recuerdan, cada vez que las veo, al anciano anticuario judío de Teherán con su mirada suplicante y esperanzada a la vez, mientras ponía en mis manos aquel collar que había sido de su mujer para que lo luciera su hija el día de su boda en un país lejano».

Hasta aquí lo que escribí en mi libro. Lo demás que yo recordaba de aquella noche es que tan pronto como salí de la tienda me subí al coche que me aguardaba frente a la puerta, teniendo buen cuidado de no meter el pie en las enormes zanjas que bordean las aceras de Teherán como sumideros al descubierto y son al mismo tiempo peligrosas trampas para el extranjero no habituado, pues es fácil andar distraído o pendiente del desordenado tráfico de la ciudad y acabar dentro de la alcantarilla y, lo que es aún peor, con una pierna rota y camino de un hospital de incierta limpieza y pocos medios debido a las sanciones internacionales que pesaban y pesan aún hoy sobre el régimen de los ayatolas. Desde luego, no sería el primero ni con certeza el último en pasar por ese trance en la capital de la República Islámica. De modo que salvé con agilidad la zanja y regresé a mi hotel en el automóvil que amablemente había puesto a mi disposición el embajador.

Lo que entonces ignoraba era que la historia no terminaba ahí y que tampoco lo hacía cuando regresé a la calle Manucheri un año más tarde y me encontré con la tienda de Raphaël cerrada, resultando vanos todos los intentos que hice preguntando por su paradero a los comerciantes vecinos. Nadie le había visto y nadie sabía nada.

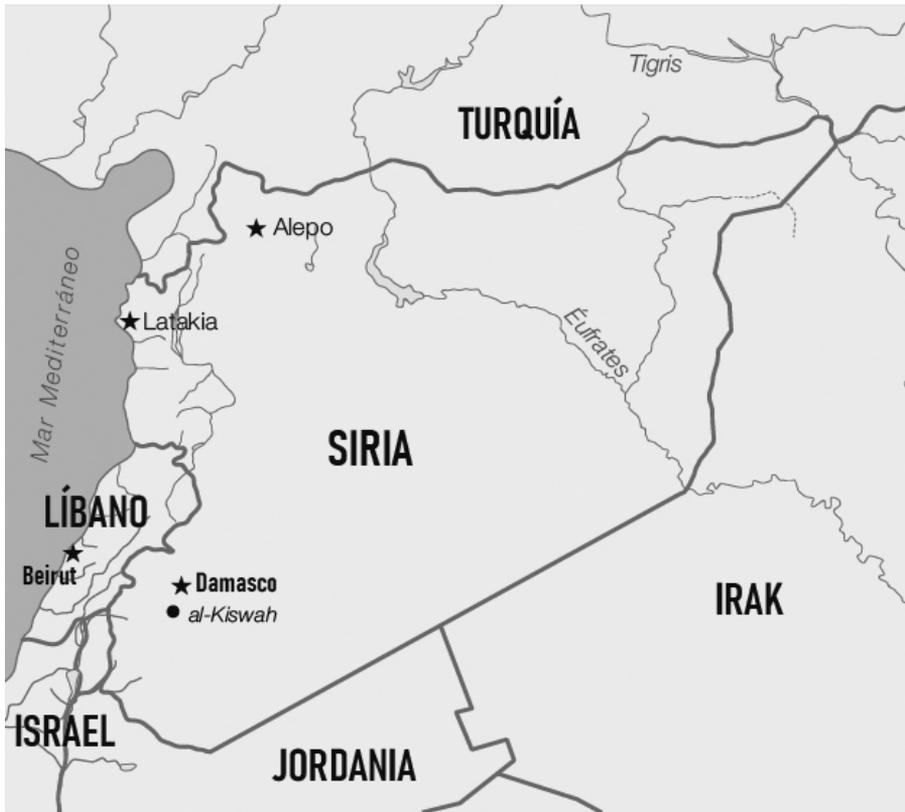
Hasta que, a raíz de la publicación de mi libro, recibí la llamada de un viejo amigo del Mossad, conocido en una vida anterior, a quien se lo habían enviado desde Madrid. Mi amigo lo acababa de leer en Jerusalén y, tras las habituales felicitaciones, me dijo tener información sobre lo acontecido a aquella joven

de Los Ángeles, no sin advertirme que eran noticias tristes. Confieso que me picó la curiosidad y para verle aproveché una invitación de la Universidad Hebrea de Jerusalén que recibí unos meses más tarde. Ya en Tel Aviv le llamé y quedamos para cenar en un pintoresco restaurante libanés de Jaffa, frente al mar. Era un día fresco y desapacible de invierno, con olas embravecidas y nubes grises, bajas y deshilachadas, y allí mi amigo Efraim me contó lo que sabía de Myriam, que era como se llamaba la joven, mientras comenzaba una lloviznaba fina y persistente y las luces de Tel Aviv brillaban al fondo de la bahía.

—La que cuentas es una historia melancólica pero bonita. Pero no termina donde tú crees, porque es ahí donde comienza. Te adelanté por teléfono que es una historia triste, ¿estás seguro de que quieres conocerla?

Llegados a ese punto no había vuelta atrás, habían pasado casi treinta años de aquellos hechos y, además, confieso que me moría de curiosidad. Y, naturalmente, le dije que sí, porque, más que querer, necesitaba conocer lo ocurrido.

Lo que a continuación relato procede de lo que entonces me contó Efraim y de lo que posteriormente he podido añadir yo con una investigación propia y hablando con alguno de los participantes en esta historia.



1

La detención

—**T**an pronto como tu automóvil se perdió de vista, tres hombres salieron del portal situado frente al anticuario y, sin decir palabra ni tampoco ocultarse, se hicieron con las llaves, echaron el cierre al negocio e introdujeron al pobre viejo en un coche que se acercó a recogerle y que se perdió luego sin prisas en el caos que es la circulación en la capital iraní. —Efraim hablaba con lentitud, como si estuviera mentalmente viendo lo que me contaba—. Todo ocurrió con rapidez, con profesionalidad y sin aspavientos innecesarios, la resistencia de Raphaël ante aquellos tres hombres fue meramente simbólica, y solo cuando todos se fueron, se atrevieron los atemorizados vecinos a intercambiar miradas de circunspecta conmiseración, como pensando en silencio que lo mismo les podía ocurrir a ellos en cualquier momento y que cuanto menos hablaran y menos supieran, mejor para todos. En ese mundo saber no es poder, pues el que menos sabe es el que está más seguro...

»Por eso, no es que los vecinos no te quisieran contestar cuando regresaste haciendo preguntas un año más tarde, es que tenían miedo de que los vieran hablando con aquel extranjero que llegaba al barrio una vez al año en un coche con chófer y matrícula diplomática.

—Que los vieran... ¿quiénes? —interrumpí yo.

—¿Quiénes iban a ser? Pues los que se llevaron a Raphaël aquella noche y que no se sabía si eran policías secretos, miembros del servicio de inteligencia VEVAK o de la aún más temida seguridad ciudadana que dirigían los Guardianes de la Revolución Islámica, los *pasdaranes*, que bajo la protección del líder supremo Alí Jamenei constituyen un auténtico Estado dentro del Estado y se sitúan por encima de la ley, además de ser el cuerpo de élite de la intervención iraní en la guerra de Siria. El que cae en garras de los *pasdaranes* puede desaparecer perfectamente de la faz de la tierra sin que nadie se atreva a preguntar y menos aún a pedir cuentas, por algo tiene la República Islámica el mayor porcentaje per cápita del mundo en el número de ejecuciones, nada menos que mil por año, casi nada. Por eso no te contestaban cuando les preguntabas, bajaban los ojos y negaban con la cabeza de forma exagerada mientras apretaban los labios como queriendo que quedara claro para quienes podían observarles, o incluso quizás les filmaban desde lejos, que ellos no te habían dicho nada. Absolutamente nada. «Ese, con su pasaporte diplomático está a salvo —debían de pensar—, pero a nosotros nadie nos protege y lo mejor es no arriesgarse». De ahí que nadie te contara lo que ocurrió, nadie se atrevió.

Tras detener un momento su relato para dar un sorbo a su copa de vino, Efraim continuó:

—Raphaël durmió aquella noche sobre un banco de madera en una habitación más estrecha que ancha, de alto techo, una ventana cerrada y una triste bombilla de luz amarillenta colgada de un hilo sobre su cabeza. Un orinal y una mesa donde un guarda depositó una bandeja mellada con un tazón de sopa y un vaso de plástico con agua era cuanto le rodeaba. Y allí le dejaron, sin ninguna explicación. A un viejo judío iraní, acostumbrado a esporádicas vejaciones, a pesar de la relativa tolerancia del régimen con sus judíos, no le sorprendió que nadie dijera una palabra y que sus débiles preguntas fueran respon-

didas con un espeso silencio. Pensó que lo ocurrido podría quizás tener que ver con vender antigüedades a un extranjero, aunque eso lo hacían todos los comerciantes de la calle Manucheri... cuando tenían la suerte de que alguno cruzara el umbral de su negocio, y eso no ocurría casi nunca porque Irán, a pesar de sus muchas bellezas artísticas y naturales, desde Isfahán a Persépolis o las playas del mar Caspio, no figuraba en aquellos años en las guías de turismo del mundo. Apenas viajaban extranjeros al país, los que llegaban lo hacían por motivos profesionales de distinto tipo y los pocos iraníes que se acercaban por Manucheri no lo hacían para comprar sino para vender alguna herencia de los abuelos que les ayudara a llegar a fin de mes. Manucheri era una calle sin vida.

El relato de mi amigo Efraim llevó mis recuerdos hacia aquella misma noche en Teherán. Ignorante de la detención de Raphaël, aquel día cenaba yo en la residencia de los embajadores de España que, aunque tenían las ventanas de su dormitorio selladas con sacos terreros, pues la guerra con Irak hacía que los misiles cayeran con cierta regularidad sobre Teherán (también lo hacían sobre Bagdad) y ya habían tenido algún susto, no por ello habían perdido la alegría y las ganas de divertirse. Ni el sentido de sus obligaciones profesionales cuando tenían un director general de visita en el país, algo que solo sucedía de uvas a peras. La cena era en mi honor y a ella habían sido invitados un par de embajadores europeos con los que siempre me resultaba interesante cambiar impresiones sobre la situación interna y regional, y varias parejas de iraníes que no pertenecían al mundo oficial sino a profesiones liberales, como médicos, arquitectos, escritores y profesores. Recuerdo que también había un pintor de pincel, a mi juicio, excesivamente colorista, como si quisiera escapar del oscurantismo del régimen teocrático instaurado tras la revolución. En cuanto cruzaban el umbral de la embajada, todas las mujeres, tanto europeas como iraníes, se desembarazaban con soltura del lúgubre chador que les

cubría por la calle y les daba un aire de cucarachas semovientes, como si la muerte saliera a pasear, y se presentaban con atrevidas minifaldas de vivos colores, lo que me pareció tan lógico como respetable en la asfixiante represión que sufrían en su vida diaria, aunque en Irán pudieran conducir e ir al cine, debidamente acompañadas, cosa que no sucedía en ese país tan mimado de Occidente que es Arabia Saudita. Atravesar el umbral de la puerta de la embajada era entrar en otro mundo, como meterse en una máquina del tiempo que le llevara a uno desde la Edad Media a la actualidad. Fue una noche muy animada y divertida.

Al salir, un joven arquitecto y su mujer, que vivían cerca del hotel Azadi donde yo me alojaba, se ofrecieron a acercarme en su coche, cosa que les agradecí para evitar meterme solo en un taxi de noche en una ciudad desconocida y no molestar tampoco a mis anfitriones, que supongo que no lo hubieran permitido. Apenas habíamos recorrido doscientos metros cuando un grupo de muchachos muy jóvenes, quince o dieciséis años como mucho, surgió de las sombras delante de nosotros obligándonos a parar el vehículo entre mucha gesticulación. Llevaban una cinta verde con una leyenda en farsi amarrada en torno a la frente y unos fusiles que me parecieron muy grandes para su propio tamaño. Con mucho grito y mucha algarabía y con un par de cañones metidos por las ventanillas del coche, lo que era poco tranquilizador a la vista de su edad, nos preguntaron si llevábamos alcohol o cintas de música occidental, que son dos cosas severamente prohibidas por los clérigos que controlan el país desde 1979. El conductor, probablemente acostumbrado a este tipo de situaciones, respondió calmamente que no, que no teníamos ni alcohol ni música, y era cierto, aunque rebuscaron someramente y sin éxito en la guantera y en el maletero. Allí el único licor era el que nosotros tres llevábamos en el cuerpo, y no era poco. Pero por ese no preguntaron. Luego nos pidieron la documentación y les impresionó

mi pasaporte diplomático y algo que les dijo el dueño del coche. El caso es que nos dejaron pasar.

Al día siguiente, el embajador me acompañó en su coche oficial al aeropuerto y yo bromeaba diciéndole que no lo hacía por amabilidad sino porque quería tener la certeza de que de verdad me iba y le dejaba tranquilo. Le conté lo que me había pasado al salir la noche anterior de su casa y él entonces me refirió que un vecino del barrio había sido pillado hacía poco con un par de botellas de ginebra en el coche y condenado a doscientos latigazos, que le fueron administrados con unas varillas flexibles de bambú en una plaza vecina. Para escarmiento público.

Años más tarde, cuando escribo estas líneas y sabiendo lo que ahora sé, no estoy seguro de que aquellos mozalbetes se interesaran por el alcohol o la música occidental, sino que más bien creo que se trató de detenerme una vez que salí de la embajada para dar tiempo a completar su trabajo y a escapar a los que debían de llevar un buen rato en mi habitación revisando mis pertenencias. Lo sé porque había dejado una camisa en el armario sobre todas las demás con una doblez especial en la manga derecha, y porque un imperceptible trocito de hilo negro caía necesariamente al suelo si se abría la cremallera de la maleta. Es algo que he hecho de forma mecánica durante muchos años cuando viajaba a ciertos países. Y aquella noche faltaba la doblez en la manga y también faltaba el hilo. Pero no me extrañó que hubieran revisado mis pertenencias, era lo normal con un diplomático extranjero que además es director general de visita en el país y, por eso, en cuanto llegué a Teherán, había dejado mi cartera con documentos confidenciales en la cancillería de la embajada, bajo la custodia del embajador. Por otra parte, tampoco noté que faltase nada. Sin ir más lejos, allí estaba el collar que me había dado Raphaël aquella misma tarde y que yo había guardado en el cofre de la habitación, y que, como medida de precaución extraordinaria, había mantenido en todo momen-

to alejado del papelito con el nombre y señas de su hija en Los Ángeles, que ya en la misma trastienda había metido en mi billetera y esa me acompañó a la cena de la embajada. Este fue un detalle importante en lo que sucedió luego, porque junto al collar estaba la carta que el viejo anticuario dirigía a su hija en Los Ángeles y que sin duda los merodeadores leyeron o fotocopiaron. Pero no tenían la dirección.

2

Una triste victoria

Efraim continuó con su relato:

—Tú lo ignorabas, pero mientras tomabas un avión para regresar a Madrid vía Zúrich, Raphaël era interrogado por Hossein Assafí, así se presentó con una sonrisa, jefe del departamento de contrainteligencia de la VEVAK, en un piso de un edificio aparentemente anodino en las primeras estribaciones del monte Alborz, que domina la ciudad y que se podía ver desde una ventana solo cubierta por una leve cortina roja que el aire hacía ondular con gracia. Su interés aparente era saber qué te había dado a ti, aunque de eso ya estaba enterado y, sobre todo, la dirección de su hija en Los Ángeles, asunto por el que mostraba un interés desmedido que nunca le explicó. Raphaël confesó haberte entregado para ella, como regalo de boda, un collar que había pertenecido a su madre muerta. Y ahí empezaron sus problemas. «Hablar de estas cosas con un extranjero desprestigia a la República Islámica, tenías que haber ido con el paquete al servicio de Correos y pedir que lo enviaran a los Estados Unidos», le dijo Assafí.

»Raphaël se permitió responder con suavidad que no existían comunicaciones postales entre ambos países y que, en todo caso, si hubiera depositado el collar en Correos lo hubieran robado

los funcionarios antes incluso de darle tiempo para abandonar el edificio. Esos comentarios provocaron que le llovieran acusaciones de “judío” y “mal patriota” que solo obtuvieron de él una triste sonrisa, como la del que ve una película conocida y ya sabe el final. Y no se equivocó, porque cuando se negó a dar las señas de su hija le empezaron a llegar los golpes con la mano abierta en la nuca, primero, y más tarde con el puño cerrado en el abdomen a cargo de dos individuos de la VEVAK que habían tenido buenos maestros en su predecesora la policía secreta del sha, la temible SAVAK.

Yo escuchaba fascinado y en silencio. Arreciaba la lluvia mientras Efraim proseguía su narración sin detenerse:

—Ante los puñetazos se dobló de dolor, cayó al suelo y vomitó. Luego debió de perder el conocimiento. Cuando despertó, el escenario había cambiado, pues se hallaba en el suelo, solo, en un cuarto sin ventanas y en penumbra que no tenía la menor idea de dónde podía estar. Tampoco sabía la hora que era, ni si era de día o de noche y no le importaba demasiado porque era viejo, estaba solo y cansado, había tenido una vida que le había permitido vivir de su trabajo sin hacer daño a nadie, un negocio en el que ya solo entraban las moscas, una mujer a la que adoraba y que una enfermedad cruel le había arrebatado, y una única hija a la que no veía desde hacía años y no iba a permitir que nadie le hiciera daño. Lo demás era secundario, aunque se daba perfecta cuenta de que si no daba la dirección de Myriam en Los Ángeles las posibilidades de salir de allí vivo eran muy escasas. Y él tenía muy claro que la protegería, aunque fuese lo último que hiciera en este mundo. Pensaba en ello y observaba una solitaria cucaracha moverse despacio por el otro extremo del cuarto. «Vosotras sois las eternas —musitó con media sonrisa—. Estabais con los dinosaurios y estaréis cuando ya no haya humanos sobre la tierra. Y tú, concretamente, tienes también muchas probabilidades de sobrevivirme a mí».

»No tuvo que esperar mucho porque pronto entraron en el cuartucho los dos individuos que le habían golpeado antes y que, sin decir palabra y con aires de quien está acostumbrado, lo levantaron del suelo y lo sentaron en la silla que constituía la única pieza de mobiliario de la habitación. Solo entonces pudo ver unas sogas que colgaban del techo y que no le dieron buena espina. En ese momento oyó cómo la puerta se abría y cerraba con un gesto enérgico y se halló frente al hombre que le había dicho ser jefe de contrainteligencia o algo parecido y tuvo que reprimir una sonrisa. Si él estaba contra la inteligencia, le tocaría a él, Raphaël, estar a favor.

»Esta vez no hubo presentaciones y Assafí fue directo a lo que deseaba saber:

»—Viejo, no nos hagas perder el tiempo y no malgastes tú el que te queda. Si me das las señas de tu niña en América, te prometo que no te haremos daño y tú podrás volver a tu negocio.

»—¿Y si no las doy?

»—Entonces solo tú serás responsable de lo que te pueda ocurrir.

»—Mire, mi hija es lo único que me queda y quiero que la dejen en paz.

»No vio venir el bofetón, esta vez más fuerte y en la cara. Sus gafas salieron volando y los cristales se rompieron al golpear el suelo. “Mejor, así no veré lo que me hacen”, pensó. Y no pensó mucho más porque tras el primero cayeron otros dos guantazos que le dejaron zumbando los oídos. “Ahora ni veo ni oigo”, se dijo mientras procuraba enderezar el cuerpo para no caer de la silla.

»—Te daré una última oportunidad —dijo Assafí con voz sibilante—, y luego será responsabilidad tuya cuanto ocurra.

»No contestó porque no podía, tenía la boca llena de babas y sangre, y además tampoco tenía nada que añadir.

»—Tú lo has querido.

»La voz había perdido toda entonación personal y le sonó fría como el hielo. “Un poco de hielo ahora no me vendría mal”, sonrió para sus adentros, sabiendo que aquello solo acababa de empezar y que lo peor estaba por llegar.

»Cuando Assafí salió de la habitación, uno de los matones lo levantó en vilo mientras el otro rasgaba su ropa con movimientos bruscos. Y ya desnudo lo colgaron del garfio del que pendían las cuerdas. “Ya me parecía a mí”... pero un dolor brusco y fuerte le hizo gemir a su pesar. Le habían golpeado en las plantas de los pies con una especie de porra. Le pareció mentira la cantidad de dolor que se puede acumular en la planta de los pies y que luego reverbera por todos los rincones del cuerpo. Quiso gritar, pero solo expulsó babas y sangre por la boca. No sabría decir cuánto tiempo le pegaron con aquellas porras. Debieron de cansarse o cambiar de opinión porque al rato salieron y lo dejaron colgado de las sogas y con el cuerpo dolorido como nunca en su vida. Pero orgulloso porque no les había dado la información que deseaban y porque así protegía a su hija que era la única cosa que ya le importaba en este mundo.

»Tampoco podría decir cuánto tiempo permaneció colgando de aquellas sogas en el cuarto oscuro y vacío. ¿Una hora, dos, tres...? Ni sabía qué hora del día era, si amanecía o anochecía, y eso le hubiera gustado saberlo para imaginar la vida de la ciudad y, haciendo el cálculo de los muchos husos horarios que separan a Teherán de Los Ángeles, suponer a su hija levantándose y yendo a trabajar tras hacer el desayuno, o ya regresando a casa por la tarde para seguir ilusionada con los preparativos de su boda. Y eso le molestó más que nada. Por eso, cuando se volvió a abrir la puerta, preguntó tratando de articular con claridad a pesar de las babas sanguinolentas que le llenaban la boca: “¿Qué hora es?”. Pero no le respondieron y a Raphaël esa le pareció la mayor crueldad de cuantas le estaban haciendo.

»La siguiente sesión fue con cables eléctricos adosados a sus tetillas y a sus genitales, mientras le pedían respuestas y le insul-

taban, que es algo a lo que, como judío, se había acostumbrado a lo largo de toda una vida. Cada descarga le hacía retorcerse de dolor y gritar, aullar en realidad, sin poderse contenerse, mientras se le aflojaban los esfínteres. Pensó entonces que la peste era el menor de sus problemas. Los calambres súbitos y de creciente intensidad le hicieron perder pronto el sentido, de forma que su cuerpo seguía agitándose en convulsiones mientras su conciencia, apiadada de él, le había abandonado. Cuando se recuperó estaba tumbado en el suelo, dolorido hasta decir basta y empapado en sus propios vómitos y excrementos. Pero respirando.

»“De aquí no saldré vivo”, pensó, por si alguna duda aún le quedaba. “En estas condiciones no me van a devolver a la calle Manucheri, no pueden permitir que nadie me vea en este estado y, además, esto no ha terminado y con certeza la próxima sesión será peor, porque ¿qué más me harán ahora?”, se preguntaba con curiosidad casi científica. Se quiso incorporar, pero no pudo, le dolía todo su viejo cuerpo como nunca antes le había dolido y al extender la mano por el suelo sucio se tropezó con un trozo de vidrio de lo que supuso que era el cristal de sus gafas, las que habían salido volando con el primer tortazo del día. Y sonrió al recordar al filósofo griego que decía que la muerte no podía ser buena cuando los mismos dioses habían elegido ser inmortales... “Se equivocaban —pensó—, para mí sí que lo es”. Entonces cogió con cuidado el trozo cristal de lo que habían sido sus lentes y lo acarició entre sus manos. Era su única posesión. Pero era muy importante porque iba a salvar a su hija. Cerró los ojos y vio que su mujer sonreía mientras le extendía los brazos.

»Cuando Assafí y sus matones volvieron al cuarto encontraron a Raphaël tendido en el suelo, rodeado de mierda y sangre, con las muñecas cortadas y una expresión de serena confianza en el rostro. ¡Había vencido! O eso fue lo último que pensó antes de perder la conciencia para siempre.

Efraim se detuvo, me miró y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.